

Ngovayang, 11 de diciembre de 2017

Queridas hermanas y miembros de MFA,

Desde Ngovayang (Camerún), donde he venido para visitar a la pequeña comunidad de hermanas, y estando ya próximo el 95º aniversario de la muerte de Madre Alberta, quiero dirigirme a vosotros.

Al contemplar los grandes árboles, que buscando la luz del sol, crecen altos hacia el cielo en esta frondosa selva, mi recuerdo es para la Madre. Todos conocemos su lema: *"Nací para el Cielo"* (*Pensamientos Espirituales*, n.1). ¿Soñaría alguna vez con que su obra sería conocida en este gran continente, por estos niños que buscan también crecer y superarse mirando al Cielo?

El día 21 de diciembre conmemoraremos la muerte de Madre Alberta. En su vida, estuvo muy presente esta realidad; no le asustaba, pues sabía bien que su destino era el Cielo y por ello podía decir *"¡Yo paso a la eternidad!"* (*Pensamientos Espirituales*, n. 22). La muerte arrancó de su lado a personas muy queridas, primero de su familia, de sus colaboradores cercanos y también religiosas jóvenes que, con tanto esmero y cariño, había preparado para asumir su Obra. Nada de ello la hizo desistir de seguir adelante, y se realizó en ella lo que dice el salmo: *"los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares"* (Salmo 126). Y es que el dolor, cuando se vive unido a Jesús, es fecundo como el grano de trigo que, al caer en tierra, muere para producir fruto.

La Madre vivió toda su vida buscando la voluntad de Dios y, abandonada en su Providencia, dejó en sus benditas Manos el cuidado de su obra, con la seguridad de que seguiría adelante. En la crónica del colegio de Santa Cruz de Tenerife se recoge el testimonio de la promesa que le hizo a la M. Alberola, al despedirse de ella, en la que le decía que desde el Cielo cuidaría del Instituto (de la Congregación). Y, ¡qué bien lo ha hecho!, y lo sigue haciendo, en las diferentes obras de la Pureza y en vosotros miembros de MFA de los tres continentes. Vosotros habéis surgido como savia nueva iluminando con vuestra vivencia cristiana otra manera de vivir el carisma, expandiéndolo y haciéndolo más luminoso y más amplio.

Como os decía al principio, os escribo desde Ngovayang. Esta Misión, fue

fundada en 1909 por religiosos alemanes que entregaron su vida para transmitir la fe. Por diferentes circunstancias, la Misión quedó descuidada durante muchos años. En 2011, la Pureza llega para hacerse cargo del hogar para niñas pigmeas dirigido por el Hno. Pablo, mercedario, y dos cooperantes laicas españolas. Las niñas proceden de los campamentos de la selva donde no pueden tener acceso a la educación. Estando en el hogar pueden acudir a la escuela y, sobre todo, ser reconocidas como personas. En general, los pigmeos son marginados y rechazados por las otras etnias que se creen superiores a ellos, por lo tanto, esta situación que sufrían las niñas en el poblado y en la escuela, lo sufrieron también a las religiosas. Al poco tiempo de estar en Ngovayang, vieron que el único modo de integrar a las niñas pigmeas era hacerse cargo de la escuela primaria de la Misión. Esto no ha sido nada fácil, pero el cariño, la paciencia y el buen hacer han logrado que las religiosas, después de seis cursos, sean queridas y valoradas. Y las niñas pigmeas, actualmente, están completamente integradas en la escuela y en la parroquia. Las tres hermanas, Socorro, Carole y Claudine, ejercen de madres para las 41 niñas pigmeas en el hogar "Notre Dame de la Merci", y de maestras para 160 niños y niñas en la Escuela Primaria "Saint François Xavier", siendo reconocida la directora, en este año, como la mejor maestra del Distrito.

En la Misión también están las *Petites Soeurs de Jésus*, que se encargan de acoger y de acompañar a los pigmeos para que sean atendidos en el Hospital. Y los Misioneros Oblatos de María Inmaculada, desde el año 2014, se han hecho cargo de la parroquia, del hospital y de visitar los campamentos donde viven los pigmeos. Las tres congregaciones oran juntas cada día y se ayudan mutuamente.

Esta obra de la Pureza es una obra de todos y quiero daros gracias por ella. Habéis sido muchos los que habéis colaborado con vuestras aportaciones: desde la niña valenciana que no quiso regalos en su Primera Comunión y entregó todo el dinero para esta Misión, las hermanas que en su primera profesión hicieron lo mismo, las meriendas solidarias de alguna comunidad de MFA, la exalumna que quiso colaborar en la construcción de un patio cubierto para la escuela, hasta los donativos anónimos de muchos que van mejorando la vida de estas niñas. Quiero agradecer, en especial, a las primeras hermanas que vinieron sin conocer nada, fiándose de que las llamaba el Señor, y a las que hoy están aquí presentes. También a las que, en los primeros años, realizaron colonias de verano. Es una obra, tal como dice el Papa Francisco, de "periferia". Me cuesta creer que, en este siglo XXI, estas

niñas pigmeas no tengan su carta de nacimiento, como dicen aquí, que suponga mucho trabajo y dinero poder conseguir que se les reconozca como personas de este mundo.

Seguramente, Madre Alberta, desde el Cielo las mirará con especial cariño y nos dirá a cada uno: ¡Gracias!

El sábado pasado rezaba el rosario con las niñas del Hogar. Con una linterna leían lo que habían preparado, pues solo hay luz de 7 a 9 de la noche, gracias al grupo electrógeno del Hospital. Me emocioné varias veces cuando veía sus manos juntas invocando a la Virgen. Y, ¡qué voces tan bonitas les ha regalado el Señor! ¡Cómo va a dejar de escucharles nuestra Madre del Cielo!

Digo esto porque, al inicio del Adviento, les pedía a las hermanas que miraran mucho a la Virgen, que estuvieran atentas a tres de sus actitudes: el **silencio**, la **esperanza** y el **servicio**. En este contexto tan diferente, cobran para mí un nuevo sentido estas palabras.

El silencio.

Aquí, en estos parajes, solo se oyen los ruidos de los habitantes de la selva. Es una vegetación exuberante que se eleva hacia el cielo y que te invita a la alabanza a Dios por la belleza de su obra, a callar para escuchar y distinguir los pasos del Señor que viene, a salir de tanto ruido, ese que nos buscamos por estar todo el tiempo conectados.

En este silencio también se oye el grito de Jesús que nos llama a escuchar la voz de tantos hermanos que sufren y que no poseen nada o casi nada.

La esperanza.

Es una virtud del Adviento, y eso es lo que me inspiran estos niños de Ngovayang, felices de estar en la escuela. Su educación les abre un camino hacia un futuro mejor y, sobre todo, a las niñas pigmeas que podrán tomar sus propias decisiones, defender sus derechos y comprometerse en el porvenir de su pueblo tan amenazado. La tarea es lenta, ya nos dijo la Madre: *“La educación no es la obra de un día sino el resultado de la acción ejercitada por mucho tiempo continua y constantemente”* (Pensamientos Espirituales, n. 326). Se requiere mucha paciencia y

mucho amor.

Pidamos al Señor que nos transforme en hombres y mujeres de esperanza, que caminan con los pies puestos en la tierra y la mirada oteando el horizonte con la seguridad de que Él va a llegar.

El servicio.

La Virgen fue aprisa para servir. Y nosotros, ¿por dónde podemos empezar? Por los más cercanos: nuestra familia, nuestra comunidad, por los que viven y trabajan con nosotros. Realicemos el servicio desde la alegría y el convencimiento de que el Señor nos necesita, de que somos las manos y los pies que Él utiliza en su Providencia.

Queridas hermanas y miembros de MFA, gracias por estar ahí, cada uno donde el Señor le ha colocado: en la familia, el trabajo, el colegio, la obra, el país. Ahí donde día a día trabaja, ora, espera, ofrece y da lo mejor de sí mismo, intentando ser instrumento de la Misericordia y de la ternura del Niño de Belén.

Gracias porque, como Cuerpo que somos, recibimos el bien los unos de los otros. Y, cuando unimos fuerzas y compartimos, nuestra acción se multiplica y llega más lejos. Esto se hace evidente en Ngovayang, la fuerza de todos, pequeña o grande, ha hecho que las niñas que no se atrevían a levantar sus cabezas, sonrían y se sientan felices.

Que Madre Alberta vele por cada uno de nosotros, cuide de los que se encuentran en circunstancias difíciles, y nos ayude, en estos días que aún quedan de Adviento, a prepararnos para abrir de par en par nuestras vidas al Señor.

Un fuerte abrazo,



H. Emilia González García
Superiora general